

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Jonathan Rico Alonso
chagoyan_15@yahoo.mx

“El mayate en *Temporada de huracanes*,
de Fernanda Melchor”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 62, octubre-diciembre de 2022, pp. 6-11.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

EL MAYATE

en TEMPORADA DE HURACANES

de FERNANDA MELCHOR

Jonathan Rico Alonso

El mayate nos recuerda a los bajos fondos, a lo que sabemos que está allí pero no mencionamos, a lo que existe en el subterráneo, a lo escatológico. *Mayatl*, voz de origen náhuatl, refiere al “escarabajo de distintos colores y de vuelo regular”, al decir del *Diccionario de la lengua española* de la RAE, que suele andar entre las heces...

¿El mayate nace o se hace? El mayate nace en tierras nacionales que sofocan a sus habitantes con su sol veraniego y su tajante separación de clases: Veracruz, Tabasco, Guerrero, Oaxaca y la Ciudad de México producen día a día este bien o servicio para el resto del país y para consumo local. El mayate, luego de haber nacido en la pubertad o en la adolescencia, se forja en espacios públicos y de convivencia masculina como cantinas, plazas, tugurios, calles y canchas de fútbol; el mayate, antes de recibir su primer pago, es instruido por los hombres de mayor edad, quienes ufanos, y a veces entre burlas y albures, le relatan anécdotas y le transmiten sus enseñanzas y consejos varios. El ma-

yate no aparece de la nada, no es generación espontánea, sino producto de necesidades fisiológicas, de convivencia y afectos de hombres que no besan a mujeres.

Como si existiera un condicionamiento tanto por su etimología como por su contexto sociocultural, el mayate nos recuerda a los bajos fondos, a lo que sabemos que está allí pero no mencionamos, a lo que existe en el subterráneo, a lo escatológico. *Mayatl*, voz de origen náhuatl, refiere al “escarabajo de distintos colores y de vuelo regular”, al decir del *Diccionario de la lengua española* de la RAE, que suele andar entre las heces durante la temporada de lluvias; complementa así una definición proveniente de la cuenta pornográfica *Mayatitos*, inscrita en Twitter.

Así pues, si al mayate se le busca únicamente en los lexicones, se le encuentra de manera escueta y sucinta: o como insecto o como hombre homosexual, esta última acepción, usada coloquialmente en algunos estados de México; pero si se le busca en la comunidad LGBTQI+, en las zonas costeras y entre pueblos, barrios o cualquier otra localidad marginada y se le mira como disrupción en la masculinidad mexicana, su concepto se permea de matices, y estos a su vez se bifurcan al grado de obligarnos a crear una taxonomía del propio mayate. ¿Qué es, entonces, un mayate y cómo incluirlo en el abanico de masculinidades?

Más allá de ser una llana expresión popular que designa a aquel sujeto que “intercambia favores sexuales por bienes materiales”, según nos afirma Guillermo Rivera Escamilla, el mayate “es el término que emplean las jotas para denominar a los hombres que, sin ser femeninos ni considerarse homosexuales, tienen relaciones sexuales con otros hombres” (2008, 225), adoptando, para esto, el rol activo, de acuerdo con Annick Prieur.

Al unísono de estas explicaciones añado lo dicho por la activista Jazz Bustamante:

Mayate: dicese del hombre que tiene relaciones sexuales en rol activo con otros hombres, pero que aparenta llevar una vida 100% heterosexual... [sic] Es decir, disfruta tener relaciones sexuales con personas de su mismo sexo en el rol de activo, pero en sus relaciones sexuales, emocional[es] y afectiva[s] solamente se enamoran de mujeres (2020, párr. 5).

Y en voz de los trabajadores sexuales, de los acompañantes, de los que hoy se autodenominan *escorts*, agregamos que:

Nacido en la necesidad y seducido por la putería, el mayate no es más que aquel reflejo de lo que se tiene que hacer para sobrevivir. [...] El mayate vive en “la cultura de la vivez”, en esa en la que “se hace poco y se gana mucho”. Esa misma cultura es la que marca sus puntos fuertes y puntos débiles.

El mayate, como buen hombre, lleva vida de hetero, sin pluma, siendo producto 100% nacional; es alegre, vivo, dicharachero, cabrón, entrón, machista, mujeriego, cachondo y banda (Zcort 2015, párr. 1-4).

En este sentido, la configuración del mayate o *miami* –deformación y eufemismo en boga– se antoja clara y concisa: el mayate solo es activo, con orientación heterosexual y de apariencia viril; sin clarosucos, no puede permitirse los viajes de ida y vuelta (tomar los roles de pasivo y versátil o ínter), ni afeminamientos en sus modos y gestos y no puede ser partícipe en actividades del ambiente gay. Menos aún puede enamorarse de otros hombres o de transexuales, transgéneros y travestis, quienes son sus clientes asiduos. Las limitaciones socioafectivas de los miamis son varias y además son pocas sus ganancias materiales y económicas; comúnmente continúan en la precariedad. La mínima violación de estos límites podría traerles consecuencias graves: ser tildados de jotos, chotos o putos; ser agredidos verbal y psicológicamente, incluso ser excluidos de los grupos de convivencia, de círculos familiares y de amistades o perder la totalidad de sus privilegios como varones buga (heterosexuales).

Cabe mencionar que el mayate, primo lejano del cacorro colombiano y del bugarrón cubano, ahora es valorado positivamente por miembros de la comunidad



Luis Enrique Pérez: Sin título

LGBTI+, en particular por los gays-homosexuales, quienes exaltan sus cualidades físicas y anímicas. Las nuevas connotaciones positivas parten de la imagen masculina, brusca, informal y fuerte que proyectan los mayates, las cuales lo relacionan con el chacal. Su apariencia viril y su rol sexual activo se oponen a los del homosexual afeminado, frágil, falso, superficial y pasivo, que ha sido objeto de menosprecios y de burlas dentro y fuera de la propia comunidad. En

síntesis: se exalta la cuadrilla de varoniles y activos y se desprecia la de afeminados y pasivos.

Asimismo, es necesario apuntar las dos acepciones de la palabra *mayatada*: por un lado alude a un conjunto de mayates, aquel grupo de amigos que suelen penetrar o dejarse hacer sexo oral a cambio de una retribución; por el otro, a la relación entre un mayate y su cliente, amigo, patrocinador, padrino, etc., es decir, de aquel individuo, ora identificado como

mujer trans ora como homosexual, que paga con dinero o en especie los servicios sexuales del miami:

Es un acuerdo sin palabras, es un trueque, es un intercambio de favores. Es algo que no se dice, de lo que no se habla, pero de lo cual los dos salen beneficiados y los dos entienden su parte. Uno no raja y el otro no habla. Uno se desahoga y el otro se satisface. Uno tiene la necesidad y el otro la accesibilidad (2016, párr. 3).

Temporada de huracanes (2017) nos muestra al mayate veracruzano, el de tierra caliente, con instrucción básica interrumpida, sumergido en la pobreza, integrante de bandas, de familias disfuncionales y de violencia perenne; el mayate drogadicto, alcohólico, paupérrimo, agresor, violador y amante de chotos y vestidas; el que vive –según Perla Grinelli (Lady Audios)– en las localidades de La Pepehua, Los Robles, Medellín, La Mocarraca, Paso del Toro y El Tejar; y en la novela, en La Matosa, que en el nombre lleva la sentencia de sus habitantes.

Este tipo de mayate no irrumpe en la historia de la novela ni surge de la nada, sino que es producto del medio que lo rodea, como si se recordara a los protagonistas del naturalismo francés y del realismo hispanoamericano decimonónicos, así como del realismo sucio del siglo xx (primo hermano de *El Rey de La Habana* de Pedro Juan Gutiérrez, 1999), quienes no ascienden socialmente, viven en la precariedad, son tratados con total crudeza y tienen un final trágico.

La prosopografía del mayate literaturizado va acorde con el mundo en decadencia, hostil y violento que se narra en *Temporada de huracanes*:

Lampiños todos, correosos como sogas todos, los músculos de sus brazos y sus piernas y sus vientres estrujados por el trabajo y el sol abrasador [...], las espaldas relucientes en su lustre de cuero bruñido; brillantes y prietas como el hueso de tamarindo, o cremosas como el dulce de leche o la pulpa tierna del chicozapote maduro. Piel color canela, color caoba tirando a palo de rosa, pieles húmedas y vivas (26).

Un detalle, un atributo interno o una particularidad corporal, lo que más resalta de su cuerpo y le proporciona belleza o atractivo, debe suplir cualquier carencia o anular los defectos; en el caso de Luismi son sus ojos negros, “bien negros, pero dulces, coronados de pestañas larguísimas que le daban un aspecto soñador a pesar de la fealdad de su rostro” (117). Aquella cara con mejillas llenas de granos y dientes chuecos; sin oficio ni beneficio, pareciera que tampoco pudiera conseguir mucho en la vida: no trabaja y había dejado inconclusa la secundaria; era drogadicto y alcohólico y no colaboraba en los quehaceres del hogar; ni siquiera el narrador ni los otros personajes evocan su nombre real.

El mayate de *Temporada de huracanes* no es anunciado por su nombre completo, solo por su apodo: Luismi, que lo identifica, primero, con su talento para cantar y, enseguida, con el anonimato casi absoluto, el del que lleva otra vida: la que no suele nombrarse; asimismo, lo relaciona con la vida precaria, popular y alejada de la oficialidad, del Registro Civil, dentro de la que sobreviven muchos otros personajes: Barrabás, Munra, Willy, Lagarta, el Abuelo, las Güeras, el Mutante, la Borrega, la Negra, la Bruja Chica y la Bruja Vieja. El alias no funciona únicamente como apreciativo, sino como cancelación



de la identidad real, como animalización y como hipérbole del atributo más notorio del sujeto: Luismi, porque posee una voz como la del cantante Luis Miguel.

Lo que también se calla son los actos sexuales no heterosexua-



Johnnie C'alladhan: *Ego*

les: los muchachos “agradecían el silencio casi absoluto” (29) de la sombra, la Bruja Chica, porque solo era “carne contra carne y poco de saliva en la negrura hermosa de la cocina o en los pasillos decorados con imágenes de mujeres des-

nudas” (ibíd.). La oscuridad de la casa y el velo que cubre el rostro de la hechicera trazan la discreción buscada por el patán que presumía: “Y ni siquiera tuve que verle la cara” (ibíd.). Porque los mayates tienden a cerrar los ojos, a imagi-

narse mujeres cisgénero, y lo hacen en la lobreguez “o en los baños de las cantinas y los antros de la carretera” (47), pero no donde los putos que “hacen sus cochinas, como los perros, a plena luz del día” (48).

El abordaje, es decir, bajo qué estímulos, condiciones o requisitos se llega a la negociación entre el mayate y el interesado o la interesada, se lleva a cabo por tres vías: mediante el vicio del mayate, por necesidad económica o cuando se requiere de un favor. Existe la vía del “desahogue”, pero se silencia en público; la mayatada lo calla.

Además, los mayates no besan ni dejan tocarse sus nalgas ni se enamoran de otros hombres; por estas razones Luismi había dejado de ser uno de ellos. Tenía dos amantes y se había enamorado de uno; había cavado su propia tumba: la Bruja Chica y su “amigo”, el ingeniero, “el ruco panzón y medio calvo que trabajaba para la Compañía Petrolera y que todos los viernes saliendo del trabajo se aparecía en El Metedero para sentarse con Luismi a beber whisky” (186).

En una ocasión Brando –sin n final y quien tenía nombre de fresca y mayate, como solían decirle en mofa los del círculo de la banca con quienes pasaba horas de ocio– había visto a Luismi besar-se y fajarse con la Bruja; en otra, lo vio con el ingeniero: “en lo oscuro como una parejita de amantes clandestinos, con las bocas bien pegadas y los ojos cerrados y las manos del ingeniero sabroseando el culito del pinche Luismi con la lujuria de quien le agarra las nalgas a una vieja (ibíd.).”

Sí, como aseguraba toda la banda: el Luismi “es un pinche choto de mierda” (186-187). “Porque una cosa era dejarse querer por los putos, dejarse invitar unos tragos y una chela y ganarse un quinientón por soportar sus puterías, o incluso por cogérselos un rato por el culo o por la boca, y otra cosa era ser un puerco asqueroso como el pinche Luismi” (185).

El abordaje, es decir, bajo qué estímulos, condiciones o requisitos se llega a la negociación entre el mayate y el interesado o la interesada, se lleva a cabo por tres vías: mediante el vicio del mayate, por necesidad económica o cuando se requiere de un favor. Existe la vía del “desahogue”, pero se silencia en público; la mayatada lo calla; confesarlo sería aceptar que se prefiere a los homosexuales que a las mujeres heterosexuales. Quitarse las ganas “verdaderas” solo es posible con mujeres cisgénero.

En La Matosa, localidad donde se desarrolla gran parte de la trama de *Temporada de huracanes*, los vicios de los mayates son las drogas –cocaína, marihuana, pastillas y otros– y el alcohol –particularmente la cerveza–; asimismo, su principal “aprieto” es la falta de dinero:

... la Bruja siempre estaba invitando las chelas y el alcohol, y a veces hasta las drogas, con tal de que la banda se quedara en su casa; [donde ella] un señor de cuarenta o cuarenta y cinco años de edad en aquel entonces, vestido con ropas negras de mujer, y la uñas bien largas y pintadas también de negro, espantosas [...], maquillado de fantasía y hasta se ponía pelucas de colores con brillitos (177-178).

Hacia imitaciones de cantantes femeninas; interpretaba canciones románticas como si ella fuera una de aquellas mujeres, que hasta los “muchachos de las rancharías cercanas, aunque también uno que otro ruco medio afeminado salido de quién sabe dónde, se quedaban todos como pendejos mirándola, como extasiados” (179).

La mayatada –integrada por los hombres con quienes Brando solía reunirse para pasar el tiempo, beber, fumar y drogarse– proporciona las razones o los motivos por los cuales sus miembros platican y tienen sexo con los afeminados y travestis: aquéllos “transaban con las locas a cambio de dinero, dinero para comprar alcohol y drogas, pero a veces también por puro desmadre, por el gusto de cogerse a los putos que bajaban en oleadas a Villa durante las fiestas carnestolendas” (176). Elogian, además, la buena calidad de felaciones que les hacen y las cantidades de dinero que les proporcionan las locas: “te hacen una chambota y encima te dan varo y te invitan la peda” (ibíd.). Dinero fácil, placer carnal sin coqueteo y adquisición de drogas y alcohol crean mayates.

Es así como, en su calidad de macho, el mayate se ve a sí mismo como el triunfador, el macho calado, el que no ha dejado de ser hombre, el varón que recibe todo tipo de placeres: sexuales, económicos, lúdicos y materiales. Visto desde la perspectiva de la mayatada de Luismi, Brando y sus amigos, el mayate no da para recibir, sino que solo es beneficiado; satisface sus principales gustos y lleva a cabo deseos inmediatos. Pero este estilo de vida, o práctica social tolerable dentro de ciertas minorías masculinas, dura poco: la juventud, puesto que los clientes o los padrinos del momento buscan casi siempre “carne joven y reata fresca” (ibíd.). El giro de la moneda o la venganza, si se desea llamarle

así, llega en el instante cuando “la bola de rucos panzones y amane- rados [...], los rucos feos y medio chiflados” (176) únicamente so- licitan los servicios de los mayate- s jóvenes.

Mayate, recuerda: *Collige, vir- go, rosas; Carpe diem; Tempus fu- git*; aprovecha los frutos de hoy, la solidez de tu pecho y de tus pier- nas; la ausencia de dolor corpo- ral; los halagos, los piropos y los obsequios varios; las frescuras de tu único bien, de tu único atribu- to nacido en el vientre materno. Todo por servir se acaba, y acaba por no servir.

La construcción temática y narrativa de la obra de Fernan- da Melchor está basada en la eta- pa decadente de La Matosa y de otros pueblos veracruzanos; sus habitantes no pueden salir de él, pero sí entrar para jamás escapar; las traiciones, las mentiras, la vio- lencia, el hastío, la hambruna, la falta de lluvias, los políticos cor- rruptos, el transfeminicidio, el estupro, las relaciones afectivas fallidas, la desesperación, las pro- mesas incumplidas, el machismo, la drogadicción, la comida insalu- bre y la fealdad son el pan de cada día servido recién salido del horno. Ni los personajes ni el pueblo en sí pueden permitirse algo de bondad, de esperanza ni de belleza, porque tienden a destruirla: “Lagarta, por ejemplo, nunca pudo olvidar la noche en que la abuela la peló con las tijeras de descuartizar el pollo” (46); su cabello era lacio, abundan- te y negro, lo único bonito que po- seía y que era envidia de muchas; no como el pelo de los otros habi- tantes: “pelos duros y crespos que

Mayate, recuerda: *Collige, virgo, rosas; Carpe diem; Tempus fugit*; aprovecha los frutos de hoy, la solidez de tu pecho y de tus piernas; la ausencia de dolor corporal; los halagos, los piropos y los obsequios varios; las frescuras de tu único bien, de tu único atributo nacido en el vientre materno. Todo por servir se acaba, y acaba por no servir.

aparentemente todos en La Matosa tenían” (116).

Al final de la historia, el lec- tor llega a la conclusión de que Luismi, de quien más se dice y se cuenta en la novela, ha dejado de ser mayate a los ojos de sus exa- migos. Su verdadera carencia, la afectiva, ha sido aparentemente cubierta por dos amantes: la pri- mera muerta (La Bruja Chica) y el segundo casi ausente (el in- geniero); el dinero y la droga ya no son prioridad. El lector sabe también que los mayates pueden dejarse querer y ser deseados por otros hombres, pero no pueden, como Luismi, llegar a besarlos por placer y menos a amarlos. El de la voz como Luis Miguel ha transgredido las reglas de la ma- yatada; ha violado los códigos de la conducta masculina de La Ma- tosa; ha olvidado “el favor” o el pago en especie y se ha enamora- do de una persona de su mismo sexo. **LPyH**

REFERENCIAS

Bustamante, Jazz. 2020. *Aflorismos disi- dentes: ¿Mayate? ¿Maricón? ¿Macho-*

rra? Sobre la terminología que señala a la comunidad LGBTTI. Acceso el 3 de agosto de 2020. <https://veracruz.lasillarota.com/opinion/columnas/aflorismos-disidentes-mayate-mari- con-machorra/356263>.

Melchor, Fernanda. 2017. *Temporada de huracanes*. México: Penguin Ran- dom House.

Prieur, Annick. 2008. *La casa de la Mema. Travestis, locas y machos*. México: UNAM.

Zcort [sic seudónimo no identificado]. 2015. *¿Qué es un mayate?* Acceso el 25 de julio de 2020. <http://elblogdelmayate.blogspot.com/2015/>.

— 2016. *El origen de la mayatada*. Ac- ceso el 3 de agosto de 2020. <http://elblogdelmayate.blogspot.com/2016/03/>.

Jonathan Rico Alonso es docen- te e investigador. Ha sido asistente y becario en diferentes institutos y ha publicado en diversas revistas. En 2020 formó parte del comité orga- nizador del Tercer Congreso Inter- nacional de Estudios de Género y Teoría Queer.